

RAZONES
PARA EL AMOR

29 ediciones en Editorial Atenas

Obras de J. L. Martín Descalzo
publicadas por Ediciones Sígueme:

- *Vida y misterio de Jesús de Nazaret*, obra completa
- *Razones*, obra completa
- *Vida y misterio de Jesús de Nazaret I*, Los comienzos
- *Vida y misterio de Jesús de Nazaret II*, El mensaje
- *Vida y misterio de Jesús de Nazaret III*, La cruz y la gloria
- *Razones para la esperanza*
- *Razones para la alegría*
- *Razones para el amor*
- *Razones para vivir*
- *Razones desde la otra orilla*
- *Mil razones*
- *Apócrifo de María*
- *Diálogos de pasión*
- *Un cura se confiesa*

JOSÉ LUIS MARTÍN DESCALZO

RAZONES
PARA EL AMOR

CUADERNO DE APUNTES III

TRIGESIMOSEGUNDA EDICIÓN

Ediciones Sígueme
Salamanca 2026

© Ediciones Sígueme S.A.U., 1999
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tlf.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

Cubierta: imagen digital realizada por Christian Hugo Martín
para Ediciones Sígueme

ISBN: 978-84-301-2305-6
Depósito legal: S. 56-2014
Impreso en España / Unión Europea
Imprenta Kadmos, Salamanca

ÍNDICE

	<i>Introducción</i>	11
1	Los miércoles, milagro	15
2	Vivir es convivir	17
3	Las columnas del mundo	21
4	Ana Magdalena	26
5	Los espacios verdes	31
6	Los prismáticos de Juan XXIII	35
7	Compadecer con las manos	38
8	Crear apasionadamente	41
9	Un cadáver en la playa	44
10	Clase sobre el matrimonio	47
11	Tiempo de inquisidores	50
12	Curas felices	54
13	Al cielo en cohete	58
14	El ángel del autobús	61
15	La risa de Lázaro	65
16	Notas sobre la amistad	67
17	Notas sobre la libertad	73
18	Las cadenas del miedo	81
19	La sombra de Bucéfalo	83
20	Los tres canteros	85
21	Bomba en la cuna de la paz	88
22	Como una novia recién estrenada	90
23	El color de la sobrepelliz	92
24	Cambiar el mundo	95
25	Mozo de equipajes	98
26	El muchacho que fuimos	101
27	Nadar contra corriente	104
28	Contra la resignación	107
29	Profetas de desventuras	110

30	La piedra filosofal	112
31	Los calcetines	115
32	Las otras loterías	118
33	Teoría del cascabel	120
34	El sueño de Barth	122
35	Canción de amor para Canelo	124
36	El padre enfermo	126
37	Para ver más hondo	128
38	«Me suicido o me meto monja»	130
39	Odiarse a sí mismo	133
40	La puerta cerrada	136
41	Después de los exámenes	139
42	Muchachos, os estamos engañando	142
43	San Imprudente	145
44	Las hojas nuevas	148
45	Repartir la alegría	150
46	El destino y el coraje	152
47	Los seres invisibles	154
48	Te quiero tal y como eres	156
49	¿Un S.O.S. frente al caos?	158
50	El gran silencio	162
51	Salvar el fuego	166
52	Una sonrisa tras la tapia	168
53	Madame Bovary, o «cuando los sueños sustituyen a la realidad»	170
54	Sonata a Kreutzer o cuando la carne devora al amor	175
55	Engendrar con el alma	179
56	La «vergüenza» de ser cristianos	183
57	El grito	186
58	Madre Iglesia	190
59	Las clases medias de la santidad	196
60	El milagro de las manos vacías	200
61	Un rincón en el cielo	203
62	Querida máquina	208
63	La pasión del hombre de hoy	211
64	La más honda historia de amor	228
65	Carta a Dios	234

*A mi hermana Angelines,
sin cuyo cariño y ayuda
este libro nunca hubiera
podido escribirse*

INTRODUCCIÓN

Cuando, hace ahora cuatro años, comencé esta aventura de mis «razones», nunca pude imaginar lo que para mí llegarían a significar. Es asombroso: lanzas un día un pájaro a volar y, de pronto, te encuentras que él solito hace nido en miles de corazones. Y el primer asombrado es el propio autor. Porque lo que nacía como una simple serie de artículos circunstanciales y dispersos se iba convirtiendo, para mí, en un retrato interior y, para muchos, en un compañero en el camino de la vida. Y fue ese descubrimiento de los que caminaban a gusto a mi lado lo que me empujó a encuadernar aquellas primeras impresiones en mis Razones para la esperanza, que tuvo una inexplicable acogida entre sus lectores, que no sólo agotaban sus ediciones, sino que además me inundaban a mí con su cariño.

Fue ese cariño el que me obligó a seguir. Y nacieron las Razones para la alegría, que tuvieron, en ediciones y acogida, la misma suerte misteriosa que su hermano mayor.

Al editar ese segundo volumen, me prometí a mí mismo que ahí se cerraba aquella serie. Pero la insistencia de los editores me llevó a descubrir los muchos huecos que en los tomos publicados quedaban. Temas sin rozar, razones sin exponer. Faltaban, sobre todo, muchas de las más importantes raíces. En definitiva, sólo podemos tener esperanza cuando antes tenemos amor. Y la alegría no es sino el último fruto de ese amor. Si quería, pues, que estas razones –aunque aparentemente desordenadas y circunstanciales– recogieran las verdaderas claves de mi visión del mundo, tendría que añadirle esos trasfon-

dos para dar verdadero sentido a los dos últimos volúmenes precedentes.

Me animé por ello a cerrar esta serie de apuntes con una tercera y última entrega: estas Razones para el amor que tienes entre las manos.

El lector de los tomos precedentes encontrará en éste dos novedades: mientras aquellos eran simplemente una recogida de artículos previamente publicados en «ABC», esta vez un buen número de los que forman la última serie han sido reelaborados íntegramente o han sido directamente escritos para este volumen y son, por tanto, inéditos.

Más visible es la segunda característica: en este tercer volumen es mucho más notable la carga religiosa de la mayoría de mis comentarios. La razón es bastante simple: al estar las dos primeras entregas pensadas directamente como artículos para un periódico, prefería —aunque la visión religiosa estaba siempre al fondo de todos ellos— que predominara en sus planteamientos el simplemente humano, que pudiera llegar a todo tipo de lectores. Pues no todos los de un periódico son confesionalmente cristianos.

Esta vez, en cambio, al haber escrito pensando ya en el volumen, me he sentido más libre y he dejado a mi corazón que hablase con un mayor descaro de lo que realmente siente. Si soy cristiano, ¿cómo podrían mis razones no serlo? Si la última raíz de mi amor, de mi esperanza y mi alegría estaba en Dios, ¿tendría yo derecho no diré a

camuflarlo –cosa que creo no haber hecho nunca–, sino incluso a dejarlo en un segundo plano de fondo?

Con ello estoy queriendo decir que en este tercer volumen entrego las que, en definitiva, son las últimas claves de mi vida. Soñé, a lo largo de mi vida, muchas cosas. Ahora sé que sólo salvaré mi existencia amando; que los únicos trozos de mi alma que habrán estado verdaderamente vivos serán aquellos que invertí en querer y ayudar a alguien. ¡Y he tardado cincuenta y tantos años en descubrirlo! Durante mucho tiempo pensé que mi «fruto» sería dejar muchos libros escritos, muchos premios conseguidos. Ahora sé que mis únicas líneas dignas de contar fueron las que sirvieron a alguien para algo, para ser feliz, para entender mejor el mundo, para enfrentar la vida con mayor coraje. Al fin de tantas vueltas y revueltas, termino comprendiendo lo que ya sabía cuando aún apenas si sabía andar.

Dejadme que os lo cuente: si retrocedo en mis recuerdos y busco el más antiguo de mi vida, me veo a mí mismo –¿con dos años, con tres?– corriendo por la vieja galería de mi casa de niño. Era un galería soleada, abierta sobre el patio de mis juegos infantiles. Y me veo a mí mismo corriendo por ella y arrastrando una manta, con la que tropezaba y sobre la que me caía. «Manta, mamá, manta», dicen que decía. Y es que mi madre estaba enferma y el crío que yo era pensaba que todas las enfermedades se curan arrojando al enfermo. Y allí estaba yo, casi sin saber andar, arrastrando aquella manta absolutamente inútil e innecesaria, pero intuyendo quizá que la ayuda que

prestamos al prójimo no vale por la utilidad que presta, sino por el corazón que ponemos al hacerlo.

Me pregunto, cincuenta años después, si todo nuestro oficio de hombres no será, en rigor, otro que el arroparnos los unos a los otros frente al frío del tiempo. Por esto el niño que soy y fui ha escrito estas Razones. Si sirven para calentar el corazón de alguien, me sentiré feliz. Porque, entonces, sí que habré tenido razones para vivir.

LOS MIÉRCOLES, MILAGRO

Aquella tarde a Gabriela –uno de los pequeños personajes de una novela de Gérard Bessière– le preguntó su amigo Jacinto:

–¿Qué has hecho hoy en la escuela?

–He hecho un milagro –respondió la niña.

–¿Un milagro? ¿Cómo?

–Fue en el catecismo.

–¿Y cómo hiciste el milagro?

–Tenemos como profesora a una señorita que está muy enferma.

No puede hacer nada ella sola, sólo hablar y reír.

–¿Y qué pasó?

–La señorita hablaba de los milagros de Jesús. Y los niños dijeron: No es verdad que haya milagros. Porque si los hubiera, Dios te hubiera curado a ti.

–Y ella, ¿qué dijo?

–Dijo: Sí, Dios hace también milagros para mí. Y los niños dijeron: ¿Qué milagro ha hecho?

–¿Y entonces?

–Entonces ella dijo: Mi milagro sois vosotros. ¿Por qué?, le preguntamos. Y ella dijo: Porque me lleváis los miércoles a pasear, empujando mi carrito de ruedas. ¿Lo ves? Hacemos milagros todos los miércoles por la tarde. La señorita dijo también que habría muchos más milagros si la gente quisiera hacerlos.

–¿Te gusta a ti hacer milagros?

–Sí. Tengo ganas de hacer un montón. Primero pequeños. Cuando sea mayor voy a hacer milagros grandes.

—¿Todos los miércoles?

—Quiero hacerlos todos los días, toda la vida.

—¿No te parece que la vida es también un milagro?

—No —dijo Graciela—. La vida es para hacer milagros.

Gabriela tiene razón, la vida es para hacer milagros, los miércoles, y los jueves, y los domingos. La vida no es para sentarse esperando que Dios haga milagros espectaculares, no es para limitarse a confiar en que él resuelva nuestros problemas, sino para empezar a hacer ese milagro pequeño que él puso ya en nuestras manos, el milagro de querernos y ayudarnos. ¿Es que será más milagroso devolverle la vista a un ciego que la felicidad a un amargado? ¿Más prodigioso multiplicar los panes que repartirlos bien? ¿Más asombroso cambiar el agua en vino que el egoísmo en fraternidad? Si los hombres dedicásemos a construir milagros pequeños la mitad del tiempo que invertimos en soñarlos espectaculares, seguramente el mundo marcharía ya mucho mejor.

Y el milagro de amar pueden hacerlo todos, niños y grandes, pobres y ricos, sanos y enfermos. Fijaos bien, a un hombre pueden privarle de todo menos de una cosa: de su capacidad de amar. Un hombre puede sufrir un accidente y no poder volver ya nunca a andar. Pero no hay accidente alguno que nos impida amar. Un enfermo mantiene entera su capacidad de amar: puede amar el paralítico, el moribundo, el condenado a muerte. Amar es una capacidad inseparable del alma humana, algo que conservará siempre incluso el más miserable de los hombres.

Sólo en el infierno no se podrá amar. Porque el infierno es literalmente eso: no amar, no tener nada que compartir, no tener la posibilidad de sentarse junto a nadie para decirle: ¡Ánimo!

Pero mientras vivimos no hay cadena que maniate al corazón salvo claro está la del propio egoísmo, que es como un anticipo del infierno. «Los verdaderos criminales —decía Follereau— son los que se pasan la vida diciendo yo y siempre yo».

En cambio, allí donde se ama se ha empezado a construir ya el cielo a golpe de milagros. En definitiva, los milagros, para Jesús, eran ante todo «los signos del reino», ¿y qué mejor signo de un reino de amor total que empezar queriéndose aquí con amores pequeños como el de Gabriela y sus compañeras de escuela?